

Un amor de altura

Ramón Olasagasti

CARLOS Carsolio y Elsa Avila se conocieron hará ahora 19 años. Ambos estudiaban ingeniería civil, pero aparte de los estudios les unía un profundo amor a la montaña, un amor que les ha llevado a caminar siempre juntos, no sólo en la vida, también en cotas a las que muy pocas parejas han conseguido llegar. Lo suyo ha sido y es un amor de altura, no cabe duda. Aquel Nanga Parbat incierto, aquella primera incursión en el Himalaya, allá por 1985, la vivieron juntos. Carlos holló la cumbre; fue un sueño compartido, que siempre sabe mejor.

El Shisha Pangma

Dos años más tarde, después de la dura experiencia del Manaslu, fue aun mejor, si cabe: Carlos y Elsa intentaron el Shisha Pangma y lo consiguieron. Esa foto en la cumbre, los dos abrazados, ese primer ochomil en el que unieron fuerzas, «fue algo muy bonito», recuerdan ambos. Carlos mismo da más valor a las cumbres conseguidas junto con Elsa. «Es el valor de ser pareja, del compañerismo; gozar esas cumbres con Elsa es una sensación muy intensa».

El Everest, posterior a aquella primera y triste experiencia, en la que cinco compañeros perdieron la vida, también los vio juntos en su cumbre. Era el 13 de octubre de 1989. El altar del mundo unió todavía más a la feliz pareja.

Pero en 1992, en el Kangchenjunga todo fue distinto. «Queríamos que Elsa, y también Wanda (Rutkiewitz) subieran a la cumbre, porque el Kangchenjunga no tiene aún ascenso femenino. Pero se complicaron las cosas, cometimos varios errores que me dieron



Foto: Santiago Yaniz

mucho coraje; Alfredo mi hermano y Elsa sufrieron congelaciones, y Wanda murió». Anímicamente aquella vivencia «fue muy dura», señala Carlos, entre otras cosas porque por culpa de las congelaciones que sufrió Elsa, ellos dos no han vuelto a escalar juntos en la alta montaña.

Montaña y familia

Elsa, por su parte, después de haber vivido las expediciones de Carlos desde dentro y también desde su casa, allí en México, considera que es «más duro y difícil», cuando se está en casa, «porque la imaginación vuela mucho; no sabes en qué momentos está en acción y cuándo en reposo, qué tiempo hace...».

Hoy, Carlos y Elsa tienen un niño y una niña que acaba de cumplir un añito. La maternidad durante este tiempo ha impedido a Elsa ir con él a la montaña, pero la familia Carsolio, —Elsa, los dos hijos, Alfredo el hermano...— estuvieron en mayo en el campo base viviendo desde cerca la ascension de Carlos. «Con los niños la motivación es aun mayor», comenta él, y recuerda especialmente la ruta que abrió en el Broad Peak justo después de haber nacido su hijo. En lo que a vida familiar se refiere, Elsa sabe

bien que la montaña es la gran pasión de Carlos, y considera que ella no es quién para quitarle esa ilusión de vida. Pero esa ilusión es mutua, es la que alimenta esta relación de altura, y además es contagiosa.

Los cinco

No, no son los protagonistas de aquellos libros que leímos cuando éramos jóvenes; son los cinco únicos privilegiados que han podido contemplar el mundo desde las 14 cimas más altas del planeta. Son el sudtiroles Reinhold Messner, el polaco Jerzy Kukuczka, el suizo Erhard Loretan, el mexicano Carlos Carsolio y el también polaco Krzysztof Wielicki. De estos cinco, falta uno, Kukuczka, que desapareció en la imponente cara sur del Lhotse.

Tantas expediciones, tantas experiencias han unido más de una vez a Carlos Carsolio con los otros miembros del grupo. En los comienzos fue Jerzy Kukuczka, —Yurek lo llamaba él cariñosamente— su gran maestro en el Himalaya, quien guió a Carlos en los secretos de las altas montañas. Juntos compartieron las cumbres del Nanga Parbat y Manaslu Este y algunas expediciones más. «Era una persona bastante callada y hermética, pero con nosotros se

abrió mucho. Aprendí mucho de él sobre el respeto a la montaña, sobre el saber medir. Además ha sido la persona que más me ha sorprendido por su capacidad de sufrimiento: nunca le escuché una queja por el frío, el hambre...». Es por ello que cuando este pasado mayo culminó en el Manaslu los 14 ochomiles, tuvo en la cima un especial recuerdo para Yurek.

Con Reinhold Messner no ha llegado a coincidir y no lo conoce en persona, pero piensa de él que ha sido una figura, «un héroe a lo largo del tiempo, por su forma de ver la montaña, porque ha innovado, porque se ha atrevido a ir más allá y a romper los mitos».

Con Erhard Loretan tampoco ha escalado nunca —«el Cho Oyu lo íbamos a intentar juntos pero él enfermó»—, pero cree que el suizo es en estos momentos el himalayista más destacable. «Hemos estado varias veces en su casa de Suiza y en el futuro me gustaría mucho escalar con él, porque considero que es un alpinista de gran nivel y además su visión del estilo es muy parecida a la mía. Todo es cuestión de tener un proyecto en común».

Por último, con Krzysztof Wielicki compartió el año pasado, además del permiso, la cumbre del Hidden Peak. Fue una ascensión muy rápida, muy ligera, «y muy satisfactoria», subraya, «porque él había sido desde siempre uno de mis ídolos».

Ese reto que nosotros llamamos los 14 ochomiles, Carlos Carsolio piensa que es un mundo de números. Por eso, él se queda con las vivencias, muchas de ellas compartidas con los otros miembros del grupo, del grupo de los cinco. □